

ESPÍDO FREIRE: EL TRABAJO OS HARA LIBRES
(2008)

SIN HADA

Bella Durmiente continúa su espera. Sueña: en los cien años durante los cuales ha dormido, no ha dejado de soñar un solo instante con el momento en el que el príncipe la despertará con un beso, pero los cien años se han cumplido, y nada presagia que el día de hoy será distinto al de mañana.

Merece la pena la espera de un siglo entero (al menos, el tiempo ha transcurrido con tanta languidez que casi parece un siglo) sólo por abrir los ojos y su rostro, y enamorarse, y el fin de la maldición de la fantasía, de soñar eternamente. Bella era, ya antes de caer en su sueño, una furiosa romántica, y espera, sin prisa, sin otra cosa más urgente que su respiración pausada, y las telarañas plateadas se han confundido ya con su ropa y son su largo cabello, y el castillo que antaño fue el orgullo del reino se tambalea.

El muchacho llegó hace mucho tiempo, pero ni siquiera se atrevió a acercarse. No es un príncipe, tampoco un leñador, como a Bella le gustaría, en el peor

de los casos. Siempre ha sentido debilidad por los leñadores, sus manos toscas y la barba rizada y abundante. Él es el hijo de uno de los escribanos del pueblo más próximo, y en poco tiempo marchará a la capital (que hace mucho tiempo, casi un siglo, cambió de emplazamiento) para comenzar sus estudios.

En una ocasión descubrió, como tantos otros, el camino a la princesa dormida, el sendero donde se afinaban las zarzas que cubren la derruida almena, pero, como tantos otros, no ha osado besarla. Ella es, al fin y al cabo, una princesa. No han quedado en la leyenda trazos del carácter de Bella, y eso no deja de ser asombroso, porque durante quince años tuvo en jaque a todo el reino, la princesita tan esperada, su famoso bautizo, sus primeros pasos, si reía, si torcía el gesto o si elegía a un poeta como tutor frente a otro rival.

El hijo del escribano no sabe nada a ciencia cierta de los vaivenes que sufrió el reino por esta niña, pero la imagina caprichosa, altanera, acostumbrada a lujos que él nunca podría darle. Por lo tanto, decide no darle nada.

No sabe demasiado de la vida, a cada poco se contradice, en ocasiones desea viajar y regresar convertido en un sabio, en otras quedarse en la casa de su padre, testigo de cómo los viejos mueren y los jóvenes ocupan su puesto, como siempre ha sido. No se imagina sentado en un trono, junto a una princesa quinceañera, no comprende el interés de su padre por que cada tarde se acerque al castillo; sospecha que hace veinticinco años también el escribano se abrió camino entre las zarzas y dudó, y él no quiere ahora redimir el titubeo de su padre.

Si su padre la hubiera besado, cómo habrían cambiado las cosas; él sería príncipe ahora, y hubiera sido

linda la idea de una madre joven y hermosa como lo es la princesa dormida, una madre insomne, o dormilona, que hubiera reclamado su derecho al trono y que no sería, sin duda, tan callada e irritable como la suya. Mira a la princesa y la imagina como madre; luego se la plantea como nuera, casada con un hijo suyo que supiera lidiar con sus cambios de humor y con más fuerza que él mismo.

No la besa, la contempla a cierta distancia, contiene la respiración para escuchar si continúa viva, si duerme, si se mueve sobre las sábanas ajadas. Se pregunta con qué sueña, y no puede saber que Bella sueña con él. Luego, sin rozarla, sin despertarla, le da la espalda y se marcha. Pensará en ello, pero cree que no conoce a nadie en el pueblo que desee ser príncipe.